

PIONERAS

del Movimiento Obrero en Chile

Dana Hart

NO * NOS
CALLARAY

PIONERAS¹

ISABEL DÍAZ

Lo primero fue la guerra. Sucede así en casi todos los casos. Los ejes están marcados por la realidad, que cambia el curso de los acontecimientos, como si fuera un río, chocando contra las rocas. La guerra y las mujeres. Generalmente este último factor está minimizado al extremo, o por el contrario, resaltado desde el punto de vista de los hombres. Las mujeres, como si se tratase solamente de una fuerza pasional y no como lo que es, la bisagra al nuevo mundo.

Fueron las mujeres las que partieron las aguas. Las que elevaron las voces, ante los cielos grotescos de una burguesía que no paraba de almorzar camarones. Y en el pueblo había hambre. Guerra y hambre.

Las noticias de la revolución rusa llegaban de todas partes. Enardecían los ánimos de quienes permanecían contemplantes y daba argumentos a favor de quienes militaban agresivos, no con la violencia de un macho dominante, sino con la furia de los combates. Era a todo o nada. La revolución estaba a la vuelta de la esquina. Y estaba a la vuelta de la esquina. No exagerábamos. La guerra trajo hambre y el hambre trajo revolución.

Ver morir a un hijo por no tener qué darle de comer, es cosa seria. Fue el gran detonante. Primero, las mujeres convocamos mediante nuestras

¹ Fuente historiográfica: M. Lagos Mieres

distintas organizaciones, tanto las adheridas como las no adheridas a la Federación Obrera de Chile (FOCH), -la primera en su tipo, clasista y combativa-, a mítines nacionales, simultáneos, por todos los pueblos y localidades.

Así comenzó. Con un llamado a mítines simultáneos, misma hora, mismo día, mismos objetivos.

Los primeros se hicieron en noviembre de 1918. Ese era el gran secreto. La fuerza de lo simultáneo. Asistíamos en masa. La multitud ardiente que arrasaba las barreras interpuestas por la policía. No dejábamos títere con cabeza. La gente tenía un espíritu de exigencia y de algo más. Quería que se cumplieran demandas básicas, relacionadas con la comida, pero pronto eso se convirtió en otro nivel. Lo primero fue la necesidad de comer. Comer. Qué gran pecado. Un delito.

Cientos de miles de mujeres acudimos a los mítines, vestidas de combate.

Era cuestión de ver para creer. Estaban también los obreros, claro, que se agolpaban en las galerías, plazas, esquinas. Y más. Mucho más. Campesinos. Pobladores. Mapuche. Diversidades. El pueblo pobre.

Las mujeres éramos las que más hablábamos. Pedíamos la palabra a cada rato.

Pronto se llenaba de discursos ardientes que duraban, a veces, menos de un minuto. Los aplausos hacían retumbar las piedras. La mayoría de las palabras apuntaba hacia cómo resolver los problemas relacionados

a la alimentación, pero luego se conectaban con otros problemas, pensamientos e ideas.

En más de una ocasión pedí la palabra, me gustaba intervenir. Me sentía en mi salsa. Hablaba de todo. Siempre empezaba por algún tema del campo y terminaba con la revolución mundial. Porque como era nacida en Molina, bien sabía del funcionamiento de las localidades rurales y cómo se distribuía hacia la ciudad la fruta y la verdura, que escaseaba justamente. Pero no me iba a quedar solo con reflexiones sobre Molina. Iba representando al Consejo femenino y al mismo tiempo estaba viendo el ascenso de la gran revolución rusa, así que hacía intervenciones ligadas a ese contexto, terminaba diciendo que hiciéramos como en Rusia, con soviets y toda la cosa.

¿Por qué no? ¿Por qué no un soviet, pensaba yo? Un soviet a la chilena. Pónganle el nombre que quieran, les decía. Consejos. Comunas. O como esta Asamblea Obrera de la Alimentación. Como sea, pero que funcione en base a la auto-organización. Y en eso había acuerdo. La gente que estaba ahí, sobre todo las mujeres, afirmaba la cabeza. Aplaudían. Decían que sí. Por primera vez, en toda la historia de mi vida, yo sentí que se oía mi voz.

Y mi voz traía el programa de la revolución. De la forma de solucionar nuestros problemas aquí presentes, ahora, como si ya hubiésemos dado la vuelta a la cuadra entera, dos o tres veces.

Fue un ejemplo de alto impacto. Se trataba de la verdadera unidad de la clase explotada, no la unidad de los partidos como querían las gentes de refinada educación y prestigio.

Consejos. Federaciones. Sindicatos. Gremios. Estudiantes. Profesores. Mujeres. Diversidad. Sociedades de Resistencia. Mapuche. Zapateros. Zapateras. Relojeros. Relojeras. Tipógrafos. Linotipistas. Ferroviarios. Tranviarios. Carpinteras. Tipógrafos. Panaderos. Pescadores. Pescadoras. Artistas. Pobladores. Aparadoras. Arrendatarias. Sombrereas. Esa es la unidad.

Se había reunido la clase obrera en una Asamblea Obrera que duró prácticamente un año, hasta que se dividió y quebró. ¿Las razones? Por lo menos dos. Para empezar la represión policial. El gobierno respondió con la famosa “Ley de Residencia”, que mandó a los dirigentes obreros como Luis Emilio Recabarren al sur, destruyó la imprenta del periódico “El Despertar de los Trabajadores”, deportó a las figuras del movimiento anarquista y dio rienda suelta a los movimientos golpistas encabezados por los militares. Nos dieron con el garrote.

Garrote y más garrote, fue la única respuesta que se le ocurrió a las clases poseedoras, ante el hambre del pueblo. Pero no nos íbamos a dejar vencer.

El primero de mayo del año 1919, volvimos a la carga. Una fecha importante que me marcó para siempre, cuando vi a cientos de miles de trabajadores, mujeres, al pueblo, paralizar el país, desde Chuquicamata, pasando por la pampa, los puertos, con mítines y asambleas, hasta Puerto Natales, donde se generó un poder obrero a nivel local. Un real poder obrero. Un espectáculo sorprendente. Luces de colores.

Otra vez la clase obrera mostrando sus fuerzas, elaborando un programa propio al calor de las asambleas, con métodos de auto-organización de masas y lo más importante, ¡tomándose los lugares de trabajo y asistencia cotidiana!

Pero hubo otra razón. No fue solo la represión, lo que terminó por hacerla caer. Aparecieron también los amigos de Lafertte, a cantar el cielito lindo con Alessandri. Se emborracharon juntos. Tratamos de ponernos firmes. Les dijimos con claridad, que sino accedían a nuestras peticiones, íbamos a pasar al maximalismo, que era como le decíamos en aquel entonces a la revolución, a la necesaria batalla máxima por vencer a los opresores. ¡Nos vamos a poner maximalistas!, les decíamos.

Fue una lucha larga. Dos o tres años más tarde, seguíamos dándola. Hubo una asamblea grande, importante, alrededor de 1923, donde hasta el propio Recabarren salió trastabillado, porque de primeras se negaba a enfrentar a sus propios compañeros, que ahora estaban llamando a la colaboración.

Después, Lafertte para calumniarme, dijo que en esa asamblea yo había escupido a Recabarren en la cara, hasta que nos tuvo que echar. La discusión se puso tensa, sí. Pero era necesaria. Lo que se venía sería cientos de veces peor y había que darle cara.

Pero yo no escupo. Cualquiera puede ver esa fotografía en la que estoy sentada junto a una cincuentena de hombres, con mi terno a rayas, en uno de los Congresos del Partido Obrero Socialista (POS), siendo la única mujer presente. No hubiera podido estar allí, en esa fotografía, si

me la hubiese pasado escupiendo en la cara a la gente. Lo que hice fue decir la verdad, una verdad que después se haría evidente.

Dimos las batallas que teníamos que dar, no me arrepiento, pero lamentablemente fue irrefrenable. Había algo que era más grande que nuestra voluntad y era la realidad objetiva. Se estaba produciendo un retroceso de la clase obrera a nivel mundial, los soviets dejaban de ser la fuerza decisiva y ascendía una camarilla burocrática, stalinista. Aquí en Chile se reprodujo el proceso.

El propio Reca, cuando al fin se decidió a dar pelea, terminó muerto. Igual que Lenin. Igual que Luis López Cáceres y Pablo López Cáceres, obreros de la construcción, asesinado el último, a tiros, en plena asamblea.

Pero había que seguir adelante. Mi punto de apoyo fue la Federación Femenina. En ese tiempo, estaba radicada en la Unión, así que allí, intenté volcar toda mi iniciativa. Seguí cosiendo, pantalones y vestones, que tenía colgados en perchas por toda la casa. Viviendo con mi compañera, enamorada. Nos seguimos reuniendo, en el local de la Sociedad Protección y Cultura de la Mujer, en la calle Andes, con otras 250 mujeres. Nunca fuimos pocas. Siempre que llegaba una compañera nueva, yo les hacía la misma pregunta:

<<¿Has pensando alguna vez en tu emancipación y en los derechos que te corresponden?>>

HORTENSIA QUINIO

I Escena: Escenario a oscuras. Se enciende la luz. Es una sala cerrada, de paredes grises y sucias, una lámpara proyectando luz blanca, cuelga del centro. En la escena, un hombre parado en actitud violenta y una mujer con ambos brazos atados por la espalda, colgando de una escalera. Se trata de Hortensia Quinio, siendo torturada por el Prefecto de la Policía, Eugenio Castro.

PREFECTO: Aunque no quiera va a tener que hablar. Todos terminan cantando acá. No hay nadie que se salve. Así que vaya abriendo la boquita y soltando, que necesitamos saber.

HORTENSIA: ¡Por la re chucha! ¡Ya le he dicho que no tengo nada que ver! ¡Que nunca estuve! ¡Que no fui! ¡Que no era! Mi rol fue siempre participar en las actividades culturales, hacer rifas, artes, leer alguna poesía o ser parte de una obra de teatro para trabajadoras. ¿Es un delito fomentar el desarrollo de la consciencia? ¿Por defender los derechos de las mujeres?

PREFECTO: Dice que no hizo nada más que arte, y sin embargo consta que allanaron en su domicilio, leo informe, dos bombas con mecha, dinamita, un tarro de metralla, dos cañones con balas, mechas de mina y siete fulminantes. No parece que sea el hogar de ninguna paloma blanca: ¡Era una verdadera fábrica de explosivos!

HORTENSIA: Pero usted sabe perfectamente que eso no lo encontraron en mi casa pue. ¡Mentirosos! ¡Cresta y media! Si con toda la cuea tenía dos balas viejas, que ya ni sirven, las que ocupaba el

Ernesto pa´ hacer ejercicio. Lo demás lo plantaron ustedes, mangas de sinvergüenzas, asesinos, violadores. No me baje sino quiere, que aquí le demuestro que tengo más fuerza moral que cualquier caballero. ¿¡Fábrica de explosivos!?. Después dicen que las mujeres somos las exageradas y grandilocuentes.

Silencio. Golpe en el estómago con el puño derecho. Golpe en el estómago con el puño izquierdo. Gritos de dolor y rabia.

HORTENSIA: Pare de golpearme, no me ve que estoy preñada. No tiene la más mínima consideración por verme con la guata hinchada. No creo que no se haya dado cuenta que estoy esperando guagüita, mierda, después hablan de la vida, se llenan la boca para afuera. Van a la Iglesia los weones y se hacen los santos.

Golpe en el estómago. Sonidos de dolor.

PREFECTO: ¿Hay un bebé ahí? Ay qué lástima. Subversivo iba a salir. Iba. Porque no va a ver la luz del día. ¿Para qué? ¿Para que organice revueltas? No va a vivir. A menos que usted hable. Sea una buena mamá y confiese qué pasó en la Casa de María la noche del 21 de Octubre de 1913. ¿Quién hizo estallar las bombas? Confiese y verá cómo todo se resuelve. Las bombas en el Convento Carmelitas Padres Descalzos, del 21 de Diciembre de 1911, ¿quién las reventó? Confiese que fue Voltaire Argandoña.

HORTENSIA: Fue mi marido. Ernesto Serrano. Carpintero anarquista. Si, usaba las balas, para hacer ejercicio. Ejercicio contra el autoritarismo. Pero usted sabe de él. ¿O es tan tonto? Lo tiene escrito en los prontuarios, con su foto y todo. Fue él. Me lo contó con lujos de

detalles. Ríe. Lamentablemente no va a poder someterlo a un juicio, ni meterlo preso, ¡carajo!, ni colgarlo a golpes como a mí, porque habrán sabido decirle los sapos que tiene en la calle, que lo mató la tuberculosis. Si, si, como escuchó. La tuberculosis le ganó la mano, Prefecto. La tuberculosis fue más rápida que usted.

Golpe en el estómago. Sonidos de queja. Se apaga la luz del escenario.

II Escena: Se enciende la luz. Hortensia Quinio aparece en su celda, un rayo de luz entra por la ventana e ilumina su rostro. Suspira, saca la voz, y sabiéndose a solas dice: “Si supieran estos weones, que el Ernesto estaba doblando periódicos <<La Batalla>>, esa, como todas las noches, por la emancipación, inmortal, de la causa operaria.”

ORFELIA ACEVEDO LEIVA, AMANDA MOSCOSO MUJICA Y SOMA HUERTA

Hablemos sobre Soma Huerta. Cuando inició el año 1920, ella y otras mujeres fundaron la Unión Femenina, una organización que impulsaba actividades, escuelas, bibliotecas para las trabajadoras. Con tan buen tino, que al año siguiente, se desencadenó una huelga textil, de gran importancia, en la que se pudo intervenir desde allí, aunque como resultado fue duramente reprimida, dejando decenas de detenidos y detenidas.

Soma fue una de las impulsoras entonces, del Comité Pro Presos y Presas Sociales, en la defensa de quienes luchaban. Me dijo, que también fue parte de la iniciativa que impulsó el Comité Pro Abaratamiento e Higienización de las Habitaciones (CAH), que pronto se convirtió en la Liga de Arrendatarios, protagonista de heroicas batallas.

Soma era la hija que un destacado luchador obrero. “Si todos los de un conventillo, cité o pasaje, formaran un comité y envían al dueño un pliego de peticiones ya sea pidiéndole arreglo o abaratamiento de las casas. Si el dueño no accede ninguno de los moradores le paga. Y como serían varios, el camino más ventajoso para el propietario sería aceptar lo que le pidieran.”

Sobre la historia de Amanda Moscoso Mujica, fue una obrera que tuvo que batirse a duelo contra la policía. Una de las mujeres más bravas, cuando el 27 de mayo de 1922, se produjeron movilizaciones masivas

en Santiago, y la policía con sables atacó a mujeres, niños y niñas. Entonces Amanda tomó un palo entre sus manos y combatió contra diez policías al mismo tiempo, siendo brutalmente asesinada a sablazos.

Respecto a Ofelia Acevedo Leiva. Se trataba de una actriz, obrera, costurera, que colaboró con el Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer, junto a su compañero Modesto Oyarzún y su hija Dalila.

Ella escribió: “¡No estoy conforme! Porque el trabajo es solo una necesidad; la necesidad de vivir, de producir, para consumir enseguida: el instinto de la propia conservación. ¡No estoy conforme! Porque la miseria es el resultado de las causas infames, del robo legalizado en la forma de propiedad privada, del inicuo sistema que pone en manos de una clase de hombres el producto de las fatigas y de la inteligencia de otra clase de hombres. ¡No estoy conforme! Porque este lamentable estado de cosas, no está prescrito por un ser omnipotente, habitante de mansiones celestiales, sino que es el resultado de una larga serie de crímenes alevosos, y de una ignorancia secular, y de una secular cobardía. ¡No estoy conforme! Porque esto se puede acabar, cuando yo quiera que se acabe, cuando se descorran las vendas de mi ignorancia, cuando se quebranten las cadenas de mi cobardía. ¡No estoy conforme!”

MARÍA FERRADA

En la FOCH (Federación Obrera de Chile), cumplíamos roles bien definidos. Eso puede ser bueno o por momentos también puede tornarse en su contrario. Depende. Si alguien falla, por ejemplo, es malo. Porque encontramos dificultades para reemplazarle. A mí me tocaba el mundo de las huelgas, ese era mi combate, mi frente de batalla. Mi rol era enterarme primero que nadie que había una huelga, es más, en lo posible, tenía que saberlo desde mucho antes, ser parte del proceso previo, en el que se entregaban las peticiones o los pliegos de demandas.

Debo haber estado en decenas de huelgas, de todo porte. Pero las que siempre recuerdo con más esmero, son la huelga de Penco, por ejemplo, con casi mil obreros y obreras del azúcar. Ahí hicimos lo que se conoce como tarreo, anduvimos juntando hasta la última moneda por aquí y por allá. Dábamos unos pequeños discursos, para dar a conocer el conflicto y luego recibíamos monedas en un tarrito que entregábamos a quienes estaban en huelga. Así se sostenía el movimiento un tiempo más largo. Se podía usar ese dinero para comprar mercadería, frazadas.

Otra cosa que hacíamos a menudo era llegar con una caja grande de tallarines a nombre de la Federación, así de esa manera se colaboraba concretamente a que no hubiera hambre. El hambre suele ser el peor enemigo. Nunca olvido la cara de la gente cuando te ve llegar con una caja enorme de lo que sea, más bien se preguntan cómo la traje hasta

aquí con esos dos brazitos. Pero tengo brazos fuertes, como para cien cajas como esa, tal vez no tanto.

También logré conseguir trescientos kilos de carne, ¡300 kilos!, como para comieran todo un invierno y otros cuantos productos que donaban los comerciantes. Esa huelga duró 18 días y ganamos. Ganamos. Mucho más 300 kilos de carne, ganamos un aumento de sueldo para quienes trabajaban en la refinería. Un gran logro. Hubo festejos, las familias contentas, unidas, se logró el objetivo y eso a su vez, potenciaba a la Federación. Hacía que la gente tuviera confianza.

Otra huelga que recuerdo por su fuerza, fue la de los mineros de Lirquén, que habrán sido unos setecientos mineros. Ahí se me ocurrió juntarme con las compañeras de los mineros y proponerles hacer una olla común para sostener la pelea. Llegaron cada una con su cuchillo, a pelar las papas, cebolla, parecía que estábamos haciendo comida como para un regimiento.

Pero ese conflicto duró poquito, ni bien salí a recolectar cuestiones, volví y ya se habían ido unos treinta. “¡Traidores!”, les grité por un rato largo, pero igual se fueron.

Sin miedo a la derrota, esa vez, descubrimos el engrudo. Ni bien se fueron los compañeros, conseguimos unos baldes muy grandes y con harina y agua sacábamos kilos y kilos de engrudo, y así empapelábamos toda la ciudad con carteles que llamaban a apoyar la huelga. La policía nos detuvo, nos pezcó con todo el escobillón en la mano, y nos metió al calabozo por un rato, pero salimos, dicharacheros, a seguir pegando carteles.

Después los tiempos cambiaron. La cosa ya no era el combate, sino los acuerdos políticos, las alianzas, tales o cuales leyes y acciones legales. Ahí ya no encajé. Y le pasó a otras mujeres también, como Carmen Serrano y la propia Delfina González. Se esfumó el “olor a pólvora” como decía Recabarren, y resulta que nosotras también teníamos ese olor. ¿Pero sabe lo que queda? La historia. ¿O acaso nuestra existencia será puesta en duda, igual que la de Fresia, de quien se narra, arrojó al hijo de Caupolicán entre sus brazos y le dijo: “¡cobarde!”?



Dana Hart

www.danahartescritora.com